

*Los muertos no fingen la rosa* inicia un vuelo de alusiones indirectas. ¿Acaso Matías Rafide ensaya nuevos rumbos?

Entre las parcelas íntimas del ser humano, "el viento es una isla quebrantada", la angustia sabe de silencios, la soledad es "una isla perdida" y "algún río de amor sangra hacia la nada".

*Soneto a mi hijo* es un poema de la tristeza profunda y contenida. Se completa con una elegía que recuerda los trémolos de Garcilaso.

Breve y fina acuarela la composición *Navidad*. El tema de la muerte discurre por las estrofas de *Tiempo ardiente*.

Frente a la imagen del río que busca su renacer en los mares del morir, el poeta murmura: "La muerte es un río abandonado / en el hondo meridiano de tus huesos".

Sí, la muerte es algo inevitable que le adviene a la vida. El viejo misterio de Eleusis ennobleció esa realidad, que acompaña los pasos de la criatura humana.

El poeta, cuando siente el golpe de su sangre, entiende, al mismo tiempo, que hasta en lo irremediable hay poesía. Así, el poema final del libro, *Viernes Santo*, cuyas más valiosas secuencias dicen: "Tus ojos son dos lirios fugitivos, / hoja amarilla sobre el polvo. / El dolor es una espada desnuda / sobre tu cuerpo macilento. / La muerte es un río abandonado / en el hondo meridiano de tus huesos".

Entre las fronteras del trovar romántico y del realismo, hay borbotones de poesía. En esa zona trabaja ahora el poeta Rafide.

V. M.

<https://doi.org/10.29393/At406-123SVEA10123>

*Sueldo Vital*, de CARLOS LEÓN. Prólogo de Claudio Solar. Zig-Zag, 1964.

Esta novela viene precedida de un prólogo que llama la atención por diversos aspectos, reveladores no tan sólo de la condición personal e intelectual de su autor como de algunas características de cierto sector de la crítica nacional.

En el mencionado prólogo se dan la mano aciertos y vulgaridades del más diverso género. Entre otros nos parece positivo el intento del crítico de situar la novela en la perspectiva de las anteriores obras de Carlos León: una trilogía cuyo ciclo cerraría precisamente *Sueldo Vital*.

Pero lo que no nos parece de manera alguna acertado es cierta predilección del prologuista por referencias de tipo filosófico que, mal asimiladas, convierten su manejo en un artificio grotesco y de dudoso gusto que desorientan al lector, cuando no revelan la frivolidad del autor de adentrarse, con paso débil e inseguro, por tan abstrusos caminos.

Por ejemplo, cuando Claudio Solar alude a los personajes de la obra lo hace en los siguientes términos: "Ninguno deja de ser lo que es. Obedecen a lo fenomenológico: en esto la actitud de los personajes de Carlos León nos recuerda a Husserl: están orientados no a un "debe ser", sino a un "ser". Lo mismo pudiera decirse del lenguaje, a veces un tanto violento: es "funcio-

nal" (pág. 27). Desde luego, líneas adelante nos endilga una disertación sobre lenguaje y fenomenología.

¿Qué intenta con todo esto el señor Solar? ¿A quién pretende deslumbrar con su erudición de "crítico profesoral"?

Acaso sus veleidades filosóficas encuentren paralelo en Raúl Véliz, el médico de la novela, que León cualifica, no sabemos si ingenuamente, como poseyendo una vasta cultura. "Por otra parte —señala el autor refiriéndose a este personaje— desprecia en particular a todos sus conocidos, esgrimiendo contra ellos su extraordinaria cultura como una maza" (pág. 113). Más adelante y después de una lata descripción del personaje, el novelista como que le permite, brevemente y por sí mismo, dar noticia de su "extraordinaria cultura" en unas cuantas migajas de diálogo:

"Véliz carraspea:

"—¡Ejem! ¡Ejem! Con respecto a la moral... hunde el dedo índice en la punta de la nariz, contrae el labio superior y se huele la parte externa—, Spinoza, filósofo monista...

"—Bueno, me están esperando —interrumpe don Erasmo— Abur —expresa risueño.

"—... sostiene —continúa Véliz, casi gritando— que la voluntad carece de libre albedrío, por añadidura está sometida al causalismo y, en su expresión, carece de principios normativos e ideas finalistas" (pág. 118).

Por lo visto, como en el parto de los montes, las majaderías filosóficas del personaje-médico se nos empequeñecen a la altura de una sabiduría de manual o de enciclopedia. Lo que nos recuerda, también a nosotros, los afanes pseudo-culturales del autodidacto de Sartre en la *Náusea*.

Hemos querido destacar estos puntos por parecernos signos de una tendencia, tal vez inconsciente, que malogra, por ausencia de madurez y de rigor, cualquier intento serio de crítica y por supuesto de novelar.

Por otra parte, es posible advertir una cierta frialdad en Carlos León que le impide acercarse amorosamente a sus personajes, deformándolos, deshumanizándolos; los utiliza como meros soportes de sus ideas y creencias. Dan la sensación de esperpentos desfilando cinematográficamente según la tiránica voluntad de su creador. Su abundancia es realmente voraginosa, aparecen y desaparecen sin lograr el pleno desarrollo entitativo, por sí mismo y desde sí mismos, que les corresponde como antes de ficción.

En cuanto a los diálogos, suelen caer en una lentitud y pesadez por recargo de elementos introductorios, defecto de técnica que la novelística actual ha superado.

En suma, por lo que conocíamos de Carlos León, la presente obra nos ha defraudado. Prólogo y novela, en este caso, parecen guardar una estrecha reciprocidad.